



General D. Porfirio Díaz  
en la época de los acontecimientos



#### CAPITULO XIV

##### San Marcos

**E**L general Porfirio Díaz acababa de cumplir treinta y dos años: eran aquellos los tiempos en que temprano se podía cultivar y recoger el laurel, porque el aire y el terreno eran favorables para la planta heroica; eran los tiempos en que había presidentes de la República de edad de treinta años y generales victoriosos de veintisiete.

Porfirio era delgado, moreno, pálido, de ojos negros, de cabello negro, serio, callado, circunspecto, siempre lleno de calma y siempre dueño de sí. Parecía el *triste Chactas* de la leyenda chateaubrianesca; mas no era, como aquél, un enamorado melancólico, sino un meditabundo, un reflexivo, un introinspeccionador que veía también todo lo de fuera. Mas si se contemplaban aquellos ojos, que leían el pensamiento ajeno como si fuera el propio; cuando

tras aquella mirada melancólica y tranquila se hallaba el sello peculiar del hombre de voluntad resuelta y firme; cuando se le veía andar con pasos tácitos y seguros, de felino cazador; cuando se notaba que bajo una debilidad aparente había un organismo atlético, rudamente aplicado á la lucha, al ejercicio y á la marcha, se comprendía por qué aquel hombre tenía tamaña influencia entre los suyos.

Pancho Caballero de los Olivos llegó á Puebla tal día como el diez y seis de Marzo, é inmediatamente preguntó por el alojamiento de Díaz, cuya leyenda había hechizado á Olivos cuando todavía era un niño.

— En la calle de Cholula le halla usted de fijo, le dijeron.

Y allá se marchó, llegando al cuartel de los oaxaqueños entre dos y tres de la tarde. El jefe acababa de echar una *ceja* de unos cuantos minutos, pues no descansaba cada día arriba de dos horas. Cuando le anunciaron al soldadito, pensó divertirse un poco á su costa, pues alguien le había dicho que llegaba el chico con el deseo de formar entre los bravos oaxaqueños que mandaba el héroe de Jalatlaco.

— Me han dicho, empezó el General, que quiere usted hablarme. ¿Qué desea usted?

— Quiero entrar á formar parte de algún cuerpo de Oaxaca.

— Es atrevida la pretensión de usted; los oaxaqueños son hombres hechos y templados en el fuego y las fatigas. Usted ¿qué sabe hacer?

— Sé escribir con muy buena letra.

— Ignoro si tendrá noticia de que á los franceses se les combate con sables de acero y no con plumas de ganso.

— Sé hablar el francés.

— Ya es un poco más.

— Sé batirme como un hombre.

— Es mucho más, aunque no lo parezca. ¿Qué edad tiene usted?

— Cuando tome el fusil, seré mayor de edad... Le pido á usted, mi General, que me ponga en primera fila en el próximo ataque... La Patria necesita de todos sus hijos, aunque no tengan los años que marca la ley.

— Pues se explica usted, chiquillo. Pase como sargento al segundo batallón de Oaxaca.

— Gracias, mi General.

Y desde ese día Paco quedó á las órdenes de Díaz, considerándose tan lleno de honra como si le hubieran dado una paría de Inglaterra.

— Soy de los de Porfirio, decía, y se llenaba la boca como si contara que le querían todas las muchachas bonitas del orbe.

Quizás era demasiado para el niño soldado el espectáculo de Puebla en aquellos días terribles. Las calles des-

embaldosadas, las casas solas, los jardines arrasados, las iglesias convertidas en fortalezas y los vecinos ausentes, daban á la ciudad aspecto de tristeza, de abandono y al mismo tiempo, de exaltación heroica, de hermosa altivez y de deseo del sacrificio. Contar los valientes que hubo en aquellos tiempos, sería imposible; más fácil habría sido contar á los cobardes y citarles por sus nombres: tan natural era el valor, tan ordinario, tan de todos los días y de todas las horas, que apenas llamaban la atención los heroísmos, las proezas altísimas y los hechos asombrosos. Existe el contagio del valor como existe el contagio del miedo, y en Puebla había prurito de despreciar la vida, emulación nobilísima de ser más sereno que el vecino y verdadera y franca alegría al burlarse de los riesgos. Si valiera la frase, diría que una inmensa borrachera de patriotismo, de amor á la gloria y de amor á la vida libre y amplia, había invadido á los habitantes de Puebla: el vino había tocado á unos en proporción mayor que á otros, pero nadie se había escapado de beber algunos sorbos de aquel mágico elixir.

Los relevos de las guardias de trincheras se hacían frente á frente y á unos cuantos metros de distancia del parapeto francés; pero mientras los enemigos se embarraban á la pared y agazapándose en el suelo tomaban posesión de sus puestos, los mexicanos iban enhiestos y firmes y hacían el relevo en medio de las balas, como si lo

hubieran hecho bajo una llovizna que no llegara á importunarles.

Tras de la toma de San Javier empezó la verdadera guerra, la guerra de manzanas, de cuadras, de casas, de cuartos y de rincones. Habían tomado los franceses tal manzana; pero todavía quedaba en poder de los nuestros una cuadra con cuatro casas; se había tomado la casa, pero la recámara, ó el comedor, ó la sala eran de tal ó cual batallón de Zacatecas ó de Guanajuato, y ganarlos costaba á los franceses cincuenta ó cien hombres.

La táctica era curiosa. Si se presentaban los franceses, se les fusilaba por todas las aberturas, se derrumbaba sobre ellos muros y escaleras, se les arrojaba vigas de los techos, azulejos y trastos de las cocinas. El carrillo del pozo servía para romperle la cabeza á un zuavo más atrevido que los otros; las almenas que coronaban una construcción de estilo herreriano caían sobre el pelotón que se había detenido á la vera de la casa á encender las pipas, creyendo el punto rendido y á favor de los invasores...

Y lo más bello era que quienes luchaban en gallardías eran los mismos que dos años antes se habían destrozado por los fueros y por la libertad. Una buena parte de los oficiales encerrados en Puebla era de conservadores; pero ni hablaban jota de religión ni de privilegios, ni sus contrarios mencionaban la abolición de conventos ni la Reforma:

sólo un ideal se versaba en aquellos días de sincero entusiasmo y de nobilísima competencia: el ideal de patria libre y una, mandada por sus hijos y hecha grande por ellos. Ni un disgusto, ni una disputa, ni una sola enemistad brotaron durante el sitio entre quienes, antes de él, se habían puesto de mochos, retrógrados, hacheros, impíos, tagarnos, religioneros y otros motes, que no había por dónde cogerles.

Pero desgraciadamente no todos los conservadores eran como un joven coronel que Francisco vió presentarse á Porfirio en los primeros días del asedio. Era de compleción atlética, de mirada aquilina, de barba espesa y de ademán osado y emprendedor. Llegó un día ante el joven General y le dijo con entereza: «Cuando todavía no empezaban las operaciones del sitio, supliqué á usted agenciara el reconocimiento de mi grado por el Gobierno jurista; ahora que el enemigo está al frente, no quiero que me reconozcan jerarquía ninguna, sino la de mexicano; déme usted un fusil y déjeme combatir á su lado, que es lo único con que me contento.»

Pasados unos días se ofreció un reconocimiento al campo enemigo. Díaz, que había aplazado al impetuoso conservador, aprovechó la ocasión para enviarle al puesto más brillante y de más peligro, y como González Ortega hubiera presenciado el trance, preguntó con interés:

— Porfirio, ¿quién es ese oficial que no conozco y que tan bien se ha portado?

— Señor, es el teniente coronel Manuel González, el



GENERAL D. MANUEL GONZÁLEZ

oficial conservador en favor de quien hablé á usted en días pasados.

— Pues déle usted á reconocer, ordenó á Mendoza, como coronel y jefe del Estado mayor del general Díaz.

— Doy á usted las gracias, mi General, y le suplico me permita presentarle á mi amigo.

Volvía González encendido el rostro, brillantes los ojos y lleno de noble ardor, cuando pasó cerca del Cuartel general; le presentó Porfirio, y Ortega le hizo el agasajo que merecía su valentía. Contestó González con pocas palabras, y cuando se alejaba, Ortega, que tenía la memoria pronta (y otras muchas cosas) de los grandes capitanes, dijo á Porfirio:

— Ya le conocía; le vi por primera y única vez la mañana de la batalla de Calpulálpam: llegaba herido en ancas del caballo de un oficial, y al verle pálido y tembloroso se me ocurrió decir: «Denle una copa de aguardiente á ese muchacho, que si no, se muere del miedo.» — «Señor, me respondió con esa cara feroz que ustedes le ven, estoy pálido por la sangre que he perdido, no por miedo.» Es un valiente; se le conoce.

Llevaban ya los de Porfirio más de quince días encerrados en sus cuarteles, y á Francisco no se le cocía el pan figurándose que los altos hechos, las grandes hazañas y los heroicos impulsos los estaban realizando los otros con mengua y desdoro de su persona. Ya se figuraba que los franceses levantarían el sitio sin que él pudiera conquistar siquiera un grado, pues el que poseía era *de dedo*; ya creía que había una oculta y tenaz conspiración para arruinar á Porfirio; ya miraba con solapada y sorda envidia á Smith, á Rosado, á Sánchez Ochoa, á Troncoso y á todos los defensores de San Javier.

Pero sus dudas cesaron el primero de Abril, que al pasar Ortega por la plaza de San José, llamó al General y le mandó, según después se supo:

— Porfirio, nos están minando San Marcos; váyase con su brigada á sostener aquello, pues Escobedo ya necesita que le releven; lleva cuatro días sin salir de allí.

Quiso el diablo que, cabalmente á la hora en que el relevo se hacía, un tunante llamado Pablo Zamacona, abandonara el Hospicio á causa de que *llegaban muchos zuavos*; con lo cual el General se encontró con grandes dificultades para atender su línea, interrumpida por el *islote* de casas capturadas.

Comenzó Díaz por reconocer las manzanas que le habían tocado, y encomendó á un oficial que investigara si era nuestra ó de los enemigos una cuadra que no daba señales de vida. Pancho Olivos era de la partida.

Introdujéronse por un agujero de los que tenían las casas ocupadas y buscaron manera de orientarse en aquel *dédalo*. ¡Qué confusión y qué *maremagnum*! ni un loco podía haber imaginado contrastes tan raros como los que allí se miraban. Una cocina que todavía guardaba los clavos del tinajero que afectaba figuras simétricas, colindaba por el pretil tiznado y destilando *pringue*, con la sala de la casa inmediata, en la que lucían aún jirones de colgaduras, trozos de artesonado, columnas pintadas al temple y un retrato de caballero con *peluquín*, som-

brero de medio queso y cañuto en la mano; seguía un cuartucho chiquitín, vecino de un salón grande como la cuadra de un cuartel y que dejaba penetrar la luz por un agujero en que faltaban dos vigas del techo; y así fueron recorriendo casas y casas, encontrando armarios con ropa, muebles de lujo, frascos, utensilios de cocina, un sombrero de copa, un fez de zuavo, una media de seda y al fin vislumbraron una hoguera y á su derredor á muchos soldados que cocían su pitanza. Eran los de Zamacona que no habían sido relevados, que no tenían jefes y que no habrían podido defender el punto si á los franceses se les hubiera venido en gana tomarlo.

Durante toda la noche no se inició ningún ataque, así es que Porfirio tuvo tiempo de perfeccionar los trabajos de fortificación de su línea y de enterarse bien de la disposición interior de las manzanas.

Porque esto de la disposición de las manzanas no era moco de pavo. Se dejaba la pared exterior, la cáscara, por decirlo así, de la construcción; se derribaba en seguida toda la nave del frente, rellorando con escombros, puertas, barandales, muebles, vigas y cascote las piezas más honradas de cada casa, esto es, las que hacen papel de salas, recámaras matrimoniales y otros menesteres, y tienen vista á la calle. Siguen en todas las casas á esta primera serie de habitaciones, patios y corredores que se llenaban de fosos y cortaduras, viniendo luego la zona de

los comedores y cuartos fronteros, que se aspilleraban y fortificaban como para resistir un sitio especial en cada casa y en cada manzana. Formadas así dos líneas continuas de defensa, el interior de la manzana se desfiguraba tapiando las puertas y abriendo en caprichosos zigs-zags, conductos buenos para que pasaran ardillas, no para que se deslizaran hombres. Y solía suceder que, á pesar de las flechas que se ponían indicando los caminos, los soldados se perdieran en aquellos laberintos sin poder atinar con la salida.

Pasó el 2 de Abril en tremenda expectación. Pancho veía desde su punto la açera de enfrente plana y sin accidentes, pues habían desaparecido puertas y ventanas, rejas y balcones, quedando sólo la muestra del revoque recién aplicado, y las cicatrices y costurones que habían hecho en el muro la metralla y las balas. Nadie asomaba la cabeza] por las azoteas, nadie pasaba por la calle desembaldosada, lodosa, sucia, ensangrentada y fétida. Había tirados en la calle tiestos rotos, azulejos que se habían llevado consigo parte de la argamasa de la construcción, trapos de colores que se habían hundido en el fango y mostraban sólo rastros de su primitivo matiz, vidrios rotos, restos de cerraduras, cáscaras de fruta... y cadáveres humanos.

Había zuavos rubios que mostraban restos del uniforme, indios que conservaban en la muerte su aspecto

resignado é inconsciente, un charro que tenía abiertos y despavoridos los ojos y que miraba al cielo con ademán de espanto, una vieja desnuda que mostraba al aire las carnes morenas y flácidas, y un chiquitín que había recibido un tiro en la boca, con destrozo de la barba y de los dientes. Los cadáveres estaban denegridos, cárdenos, verdosos, hinchados, á veces sin un jirón de ropa, á veces con harapos irrisorios que hacían aparecer más horrible la muerte; una banda que indicaba graduación, una charretera de oro que yacía enterrada en el fango, ó un trozo de seda destruída y sin brillo... Las larvas habían empezado á hacer presa de aquellos cadáveres: por el estómago, por los ojos, por las narices, por la boca, salían los gusanos blancos ó negros en enjambre, en ejército, en legión, devorando los restos fétidos y asquerosos. Y ¡ay del Tobías que hubiera querido enterrar á los muertos! No habría durado un minuto, pues le habrían acribillado los tiros de los argelinos.

Horrorizábase Pancho ante aquel espectáculo, cuando vió llegar á la deshilada una serie de perros de orejas gachas y andar tímido que se acercaban olfateando los cadáveres, y á éste le arrancan una mano que se desprendía al solo impulso del hocico del can, á aquél le arrebataban la nariz y al de más allá le comen una mejilla. Los soldados hicieron una descarga y ahuyentaron por un momento á aquellos monstruos; pero ellos volvían á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 19... MONTERREY, MEXICO